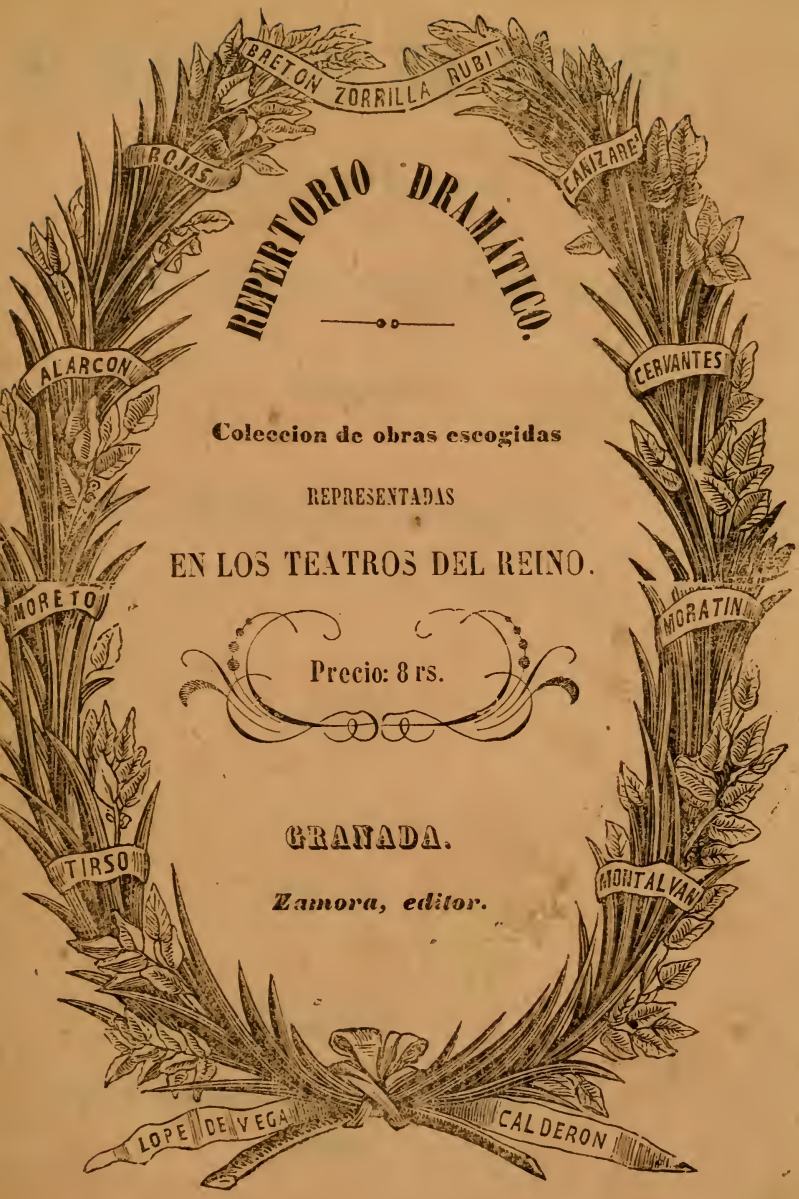

REPERTORIO DRAMÁTICO.

Coleccion de obras escogidas

REPRESENTADAS

EN LOS TEATROS DEL REINO.

Precio: 8 rs.

GRANADA.

Zamora, editor.

EL MARIDO ES UN TIRANO.

Costumbres del siglo XIX.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

original de

D. Gabriel Fernandez.

Núm. 22.

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. JOSE MARIA ZAMORA, editor.

1853.

Personas.	Actores.
CARLOS AMADEO, coronel, esposo de.. . . , ...	D. Jose Tamayo.
ELINA..	D.ª Joaquina Baus.
MIGUEL, capitan, amigo de Carlos. . . . . , ...	D. Jose Fuentes.
LA MARQUESA DE LA ESPIGA.	D.ª Carmen Rodriguez.
BEATRIZ, aya de Elina.	D.ª Fabiana Garcia.
PABLO, mayordomo de Carlos..	D. N. Porres.
ADOLFO, jóven elegante. . . .	D. Antonio Malli.

La escena es en Madrid, año de 1849, casa del coronel Carlos.—Sala decentemente amueblada, con puertas laterales.

Esta obra pertenece al Repertorio Dramático, *propiedad de D. José Maria Zamora, quien perseguirá, con arreglo á las leyes vigentes, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, liceo, ó cualquiera otra sociedad formada por acciones, suscriciones, ú otra contribucion pecuniaria, sea cualquiera su denominacion.*

Sr. D. Joaquin Maria Gomez,

Secretario de honor de S. M.

¿A quién con mas derecho, con mas placer, podria yo dedicar esta humilde produccion dramática que á V., mi generoso amigo, mi protector, mi segundo padre? Al leerla, no la juzgue su esclarecido talento ni su esquisito gusto en literatura; júzguela solo su bondoso corazon, ese corazon que palpita para el bien de los demas, para consuelo de los desgraciados; ese corazon que brilla en la provincia de Almería como el mas hermoso modelo de honor y beneficencia, y entonces mi ofrenda de cariño aparecerá con todo su valor.

Abogo por el amor y la fe conyugal en donde se encierra la paz del alma, el bien doméstico y la ventura del género humano; ¿cómo no bendecir V. mi deseo? ¿cómo enojarse si me tomo la libertad de estampar su nombre al frente de esta comedia, cuando el objeto de ella y el nombre de V. espresan un mismo sentimiento? ¿si ella es una prueba de mi laboriosidad y un eco de reconocimiento que dirije á V. mi eterna amistad?

Comprenda V. toda la efusion con que le estima mi alma agradecida, y estará contento su servidor y amigo

Gabriel Fernandez.

Adra 1.° de octubre de 1851.

722805

Acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ELINA *y* BEATRIZ.

ELINA. Qué fastidiosa es mi vida!
cuánto me engañó el deseo!
esto, Beatriz, no es sufrible
y debo poner remedio.
Tres meses ha que á la corte
me trajo Carlos; tan bueno,
tan sumiso y cariñoso
que era del amor ejemplo,
y tres meses ha que miro
trocados sus sentimientos.
En vez de dulces caricias,
de franquezas, de recreos,
solo preceptos morales,
solo esclavitud encuentro.

BEAT. No lo estrañeis, no, que el hombre
apenas logra el imperio

del objeto de su amor,
olvida el humilde ruego,
y ya es tirano marido
el que fuera amante tierno.

ELINA. Tanto no diré de Carlos;
yo su corazon poseo:
él es noble y entendido
y siempre fué caballero.
Mas no sé si porque el mundo
le ha llenado de recelo,
ó bien porque mis amores,
puros como el dulce sueño
de la infancia, no le ofrezcan
ilusion, dicha y sosiego,
ello es que me hace infeliz
y en soledad me condeno.
Cuando de mi pueblo amado
abandoné el grato suelo,
cuando de mi pobre madre
(*Enternecida.*)
que respiraba en mi aliento,
que solo miró en mis ojos
como en su único recreo,
me separara mi esposo,
al ver mi rostro cubierto
de lágrimas muy amargas,
con ternura y dulce acento
me decia. «Enjuga el lloro,
ángel de amor y consuelo:
vas á brillar en la corte,
vas á ser el embeleso
de las damas españolas.»
Olvidé el nido materno,
crei, avecilla inocente,
volar en un mundo nuevo
entre flores y perfumes,
entre mágicos conciertos.
Esperanza... cuánto engañas
si rebosa vida el pecho!
mi Carlos, mi dulce esposo,
el que un tiempo mis deseos
solícito adivinara
despareció como un sueño...
Hoy grave como un tutor
cercena mis pasatiempos,

me priva de las reuniones
y me impone cien preceptos.
En el lujo, en el teatro,
en el baile, en el paseo,
en fin, en la sociedad
halla para mi veneno.
Vé en cada hombre un galan
asaz, astuto y perverso:
en cada amiga un escollo
que me ofrece vilipendio.
Yo por no darle disgusto
me he condenado á un encierro,
en donde el aire hace falta
á mi congojoso pecho,
y en donde mis frescos dias
marchitará el sufrimiento.

BEAT. Siempre un marido es tirano
cuando un ángel le da el cielo
por mujer: oh! vuestro esposo,
lleno de amor y contento
vivir para vos debiera
para solo complaceros.
Pero, señora, vos sois...
oh! dispensad si me atrevo...

ELINA. Prosigue.

BEAT. La que entregais
á la esclavitud el cuello:
mientras mas humilde os vea
y mas sumisa, es bien cierto
que mas opresa sereis.
Cada caricia y desvelo
que hagais al adusto esposo,
será un eslabon de hierro
que añadais á la cadena
con que os sujeta al tormento.
Es la condicion del hombre:
egoista y altanero.
Seguid, señora, seguid
de la marquesa el consejo,
y pronto al cruel marido
habreis convertido en siervo.
Para que un esposo implore
es el último remedio
indiferencia, esquiveces,
cariños pocos y á tiempo.

ELINA. Tiene razon la marquesa;
aconseja con talento.
Qué amiga tan franca y noble!
do quier placeres y obsequios
la prepara su hermosura
y su esposo fino, atento:
Esta preciosa amistad
bien pronto perder espero,
porque noto que mi Carlos
la mira ya con recelo.

BEAT. Señora, resolucion,
hoy principie vuestro imperio.
En vez de la esclava humilde
que gime en este aposento,
sed la orgullosa sultana
que haga valer sus deseos
como leyes inmutables.
Son vuestros ojos tan bellos..!
que no hay corazon sensible
que tranquilo pueda verlos.
Haced, señora, á los hombres
que admiren vuestro embeleso,
girar como mariposas
tras vuestro mirar de fuego,
como gira noche y dia
el mas cumplido y apuesto
jóven de la régia villa,
Adolfo...

ELINA. Beatriz, os ruego
que no interpreteis tan mal
mis cándidos pensamientos.
Sé lo que debo á mi honor,
á mi estado, y os ordeno
que nunca, nunca abuseis
del cariño que os profeso.

ESCENA II.

Dichas y Carlos.

Car. Elina, si es de tu agrado,
hablar contigo deseo.
Elina. Cómo no..? si cuanto ordenas
siempre sumisa obedezco.
Beat. Disponeis algo, señora?
Elina. Nada, Beatriz.
Beat. Hasta luego.
(Ya está el marido tirano
en uso de su derecho.) (*Vase.*)

ESCENA III.

Carlos *y* Elina.

Car. Observo, querida esposa,
que has recargado el acento
en la palabra sumisa;
descubro en tu rostro bello,
espejo de la alegria
do vió la dicha mi pecho,
disgusto, acaso tristeza...
en qué ofenderte yo puedo:
yo... que te amo como al ángel
de mi gozo y mi consuelo?
Elina. Son aprensiones las tuyas,
Carlos... de nada me quejo.
Car. Oh! no aumente mi sentir
tu inesperado silencio;
quién me ha robado el tesoro
de tu celestial afecto?
Por piedad,.! vuélveme, Elina,
tu corazon tan sincero,
que no conoció jamás

ni encono ni fingimiento.

ELINA. Soy yo por desgracia digna
de interés tan grato y tierno?
Me corresponde sufrir
con religioso respeto;
débil mujer, era justo
que padeciera...

CAR. No entiendo,
amada esposa, tu pena;
aclárame este misterio.

ELINA. Pues bien, Carlos, para mí
tus ofertas, qué se hicieron?
goces, placeres, delicias
me ofreciste aquí; qué encuentro?
Precauciones lastimosas,
insoportables recelos.
Ay! esa desconfianza
de mi honor, es un tormento,
es la copa de amargura
que emponzoña mi fiel pecho.
Cuándo mi eterno cariño
te faltó? cuándo el esmero
de complacerte y mirarte
como á mi esposo y mi dueño?
tuve jamás otro afan
que merecerte..?

CAR. Lo creo:
no he dudado de tu amor
y hoy mas que nunca te quiero.
Dudar de tí... que eres pura
como el aura del desierto,
como la mente de un niño,
como del sol los destellos!
Dudar de tí, ser precioso
que encierra mis pensamientos,
como el ángel de la fe
lo maravilloso y tierno!
No, Elina mia, jamás:
quizá al contemplarte puedo
envidioso de mi dicha
tener de mí propio celos;
Pero dudar de tu alma
que es de candidez el templo,
nunca, jamás! Oye, amiga,
lo que por tu suerte siento.

ELINA. Tranquiliza mis sospechas;
rompe el nebuloso velo
que entre nuestras fieles almas
el cruel destino ha interpuesto.
CAR. Cuando se ama como yo
á una esposa, ser perfecto
de gracias y de candor:
cuando esperiencia y criterio
muestran de la sociedad
el engaño y el veneno,
es natural que se tema,
se tiemble á cada momento
por la flor, en cuya esencia
se tiene paz y consuelo.
Sencilla, inocente, hermosa,
nacida en rústico pueblo,
te traje á una sociedad
que ha tomado por empeño,
hollar con befa y escarnio
las glorias del himeneo.
Ese lazo indisoluble
que nos liga con el cielo,
y que en plácida ventura
confunde nuestros afectos.
Crees que ser esposa amada
de un marido caballero
te librará de sufrir?
inocente..! oye te ruego.
Es de moda, Elina mia,
es la elegancia del tiempo,
que un marido á su mujer
la deje vivir sin freno.
Entre ellos no debe haber
amor, franqueza, respeto;
es preciso que en el lujo
en los soirees, en el juego,
se disipe el patrimonio
la reputacion perdiendo,
y aunque á la indigencia queden
los hijos: es de precepto
que la esposa una tertulia
sostenga, donde mil necios
la adulen y la enamoren:
Es de moda que al liceo,
á los bailes, al teatro,

á todas partes, don Pedro,
pisaverde calavera,
la acompañe amante y tierno,
permitiéndose al marido
como grande privilegio,
que detrás vaya escuchando
de su deshonor el cuento.
Si el marido se acomoda
al sacrificio cruënto,
por presentarse ilustrado,
la flor que abandonó al cierzo
de las nefandas pasiones,
marchita mira en el suelo,
y entre risas y sarcasmos
se la dan como trofeo
de su eterno deshonor.
Si el amor, el dulce aprecio
que tiene á su cara esposa
le hace vigilante y cuerdo,
es el marido un tirano,
un infame, un carcelero...

ELINA. Pero si mi fe es sagrada,
si tus títulos venero,
por qué temer? por qué asi
gemir debo en el silencio?

CAR. No, amiga, no quiero tanto
ni que sufras apetezco,
que en tus goces van los mios.
Yo el teatro no te niego
ni sencillas diversiones:
yo relaciones te ofrezco
con gente discreta, honrada.
Para mi es ley tu deseo;
pero eres cándida y pura,
y no has pensado ni en sueños
los martirios que se alcanzan
de esa sociedad en medio.
Si, queridísima Elina,
este es un vergel muy bello;
pero entre sus laberintos,
entre sus parques... abierto
hay un abismo insondable
para el corazon sincero.
Si la inocente hermosura
se ha de salvar del tormento,

una mano noble, amiga,
necesita. Yo por esto
no te he lanzado al bullicio
pues que el peligro contemplo;
que no hay flor á quien no seque
de esta sociedad el viento.
Ve aquí porque yo á tus ojos
habré parecido serio,
cuando pensaba tan solo
en tu amor, que es mi contento.

ELINA. Que haya maldad y falsia,
querido Carlos, convengo;
pero una esposa que es fiel
que pereciera primero
que olvidar por un instante
el honor que es su consuelo,
no debe esquivar los goces
que dan sabroso recreo.
Hay amigas delicadas,
hombres probos de talento...

ESCENA IV.

Dichos y BEATRIZ.

BEAT. La marquesa de la Espiga
espera permiso vuestro
para pasar.

CAR. Cuando guste.
(Vase Beatriz.)
Elina, mucho me temo
que esa mujer cortesana
que goza fatal concepto,
abuse de tu inocencia.
Sé cauta; si te aconsejo,
es porque yo la conozco
y sabes lo que te quiero. *(Vase.)*

ESCENA V.

ELINA.

En todos desconfianza...
oh! que juzgar tan severo!
Hasta á la noble marquesa
de bondad y honor espejo,
que con su amistad me honra,
mira con adusto ceño.

ESCENA VI.

ELINA *y la* MARQUESA.

MAR. Querida, ven á mis brazos.
ELINA. Señora, tanta bondad...!
MAR. De nuestra bella amistad
son dulcisimos los lazos.
Tal vez te será enojosa...
ELINA. Dispensad si mi cariño...
MAR. No temas, yo no te riño:
debiera estar muy quejosa....
me tienes en abandono.
Si, Elina, me has olvidado:
mas te adoro demasiado,
hermosa, y te lo perdono.
ELINA. Siempre mi pecho os profesa
un afecto sin igual.
Por Dios que no juzgueis mal
de mi retiro, marquesa.
Sabed...
MAR. Comprendo, mi amiga:
sin que esto te ofenda en nada,
eres sumisa casada,
y el esposo ordena... obliga.
Eres un ángél de amor,

y cándida y pura eres...
Con tan preciosas mujeres
es natural el rigor.
Yo, aunque no gozo el contento
de escuchar tu voz divina,
tu soledad, cara Elina,
tus pesares solo siento.

ELINA. Domésticas atenciones
impídenme visitaros,
á todas horas trataros,
gozar vuestras diversiones.
Por lo demás soy querida
de Cárlos, quejas no tengo...

MAR. Que te ama, Elina, convengo.
Te querrá mas que á su vida;
quién en ello no conviene
y mas, cuando por librarte,
de que puedan admirarte,
en un encierro te tiene?
En buen hora, amiga bella.
que siempre en derredor de él,
con tus acentos de miel
hagas felice su estrella.
Tal vida de esclavitud
á que tu alma se condena,
dulce Elina, será buena,
será un tipo de virtud;
pero es un rigor bien fuerte
que en tan terrible clausura,
me prives de la ventura,
de hablarte y hasta de verte.

ELINA. Ignoro porqué mi esposo
de mi casta fé recela,
pues me aflige y desconsuela
cual si estuviera celoso:
yo sucumbo á sus deseos
y atormento mi esperanza,
y él en mi penar alcanza
que renuncie á los paseos.

MAR. Ves como yo conocí
tu justísimo pesar?
¡Oh! tu debes apurar
la pena hasta el frenesí.
Jóven, bella, sin estudio,
franca, noble, generosa,

de tu vida congojosa
es el presente un preludio:
sufro mucho al ver el tedio
que aflige tu hermosa cara,
y mas cuando se repara
lo sencillo del remedio.

ELINA. Enseñadme la ventura:
contemplad mi inesperiencia,
que falta al alma paciencia
para sufrir mi clausura.
Vos de gracia y de talento
sois de la corte dechado,
haced que mi esposo amado
viva conmigo contento,
y jamás meditabundo
aumente mi padecer;
que bendiga mi querer
entre los goces del mundo.
Aconsejadme, señora.

MAR. Solo por tu beneficio
quiero hacer el sacrificio
de ser maestra y tutora.
Que he tenido por sistema
no emitir mis opiniones
en las necias disensiones
que son de himeneo el lema;
pero yo te quiero tanto...!
que tu dispones en suma...

ELINA. Vuestro cariño me abruma.

MAR. Vaya, termine el quebranto.
Elina, es muy natural
el trato de tu marido:
él es un hombre .. instruido,
y tú un ser angelical.
Entre batallas y amores,
entre goces y entre orgias
pasó sus mejores dias:
y desengaños, dolores,
injusta desconfianza
llenan su pecho de hiel...
juzga á los hombres cual él
y en todo, recelo alcanza.
Su corazon sin creencia,
nada encuentra honroso y bueno,
y en todo mira el veneno

que devora su existencia:
tu hermosura y tu candor
en vez de darle consuelo,
solo aumentan con desvelo
su sospecha y su temor.

ELINA. Noble amiga ¡ay! es muy triste
el relato que os escucho:
él siempre me quiso mucho.
y quizá en su amor consiste
su estraña conducta.

MAR. En vano
tu bondad lo justifica:
Elina, te sacrifica
como hace el niño tirano
con el tierno pajarillo
que de su nido arrebata;
mas le aflige y le maltrata
cuanto mas bello y sencillo.
Para él su hermosura quiere,
para él tan solo su canto,
y mientras le exige tanto,
en una jaula se muere
sin libertad ni alegria,
sin aire para latir;
allí le deja sufrir
sin cuidar de su agonia.

ELINA. Pierdo, marquesa, la calma:
vuestras palabras son ciertas,
y mis dudas descubiertas
me están desgarrando el alma.
Cuán desgraciada seré
si no me aconsejais vos!

MAR. Vuela del placer en pos,
y tu prision quebrantè.
Hoy la culta sociedad
da el imperio á la hermosura;
gocemos de esta ventura
con saber y majestad.
Los que cual flores nos miran,
y nos tratan como flores,
nuestros fundados rigores
agoten cuando suspiran.
Si la esencia de la flor,
del hombre encanta la vida,
si la rosa es bendecida

en la época del amor,
si marchita y deshojada
la arroja con las semillas,
que la pida de rodillas
mientras está perfumada.
Si, mientras mas seriedad,
mas rigor y mas desprecio,
mas quiere el marido necio,
pide con mas humildad:
y ¡oh! si vé finos galanes
que nos obsequian do quier...!
entonces es la mujer
la diosa de sus afanes.

ELINA. Provocaré los enojos
de mi esposo, que irritado...

MAR. Lo verás esclavizado
ante la luz de tus ojos.

ELINA. Y si aumento sus recelos
y me llega á aborrecer...?

MAR. Oh! no lo debes temer,
mas te amará con los celos.

ELINA. Qué el público juzgará
de mi honor y mi virtud?

MAR. La elegante juventud
tus prendas elogiará;
y hasta el concepto villano
que hoy mancha á Cárlos tu esposo,
lavarás, ángel hermoso,
volviendo culto al tirano.
Ven, goza de los festines,
del deleite y la armonia
del amor, de la alegria,
en palacios y jardines,
Mañana á la noche doy
un gran baile, cara Elina:
no veré tu faz divina
honrándome?

ELINA. Vuestra soy.
El cielo me hizo sensible
y no es justo mi penar,
cuando me manda gozar
con su acento irresistible.

MAR. (La jugada fué traviesa;
Cárlos, estuve en berlina.
Hoy me vengará tu Elina: .

sabe mucho la marquesa).
Amiga preciosa, adios.
ELINA. Me dejais ya?
MAR. No olvideis
lo que á vuestro honor debeis.
ELINA. Jamás, me aconsejais vos...

ESCENA VII.

ELINA.

Cuántas gracias doy al cielo
por una amistad tan pura,
que mi pena y desconsuelo
torna en plácida ventura!
Vamos... estoy decidida.
El remedio es bien seguro,
y he de conquistar, lo juro,
la confianza perdida.
Y una vez y otra seré
el ídolo de mi esposo,
y en un porvenir dichoso
mi afliccion convertiré.

ESCENA VIII.

ELINA *y* BEATRIZ

ELINA. Beatriz?
BEAT. Que mandais, señora?
ELINA. (*Con enojo.*)
Al cuarto de tu amo llega,
y le dices en mi nombre
que su esposa aquí le espera.
BEAT. Así me agrada: ese imperio
qué divinamente os sienta!
ELINA. Dispon mi traje de baile:

á la modista que venga,
que quiero sobresalir
en el que da la marquesa.

BEAT. Todo lo haré cual mandais.
Qué de goces os esperan,
si la culta sociedad
hoy gana vuestra belleza! (*Vase.*)

ESCENA IX.

ELINA.

Animo, Elina: el papel
de sultana hacer es fuerza.
Voy á escitar el enojo
de mi Cárlos... qué violencia
siente mi pecho! de humilde
convertirme en altanera...!
Quizá en tan dura mudanza
sumisa el alma me venda,
que la que fingir no sabe
turbada la ficcion muestra.
Mas, por qué temer, si al cabo
es inocente mi idea,
y hará que corran mis dias
cual arroyo en la pradera,
por entre encantos y flores,
por entre goces y fiestas?
por qué temer, si me libro
de recelos de tristeza,
y hago á mi esposo sociable?
Oh! dice bien la marquesa.
Con orgullo, con desprecio,
nace el amor, se acrecienta.

ESCENA X.

CARLOS *y* ELINA.

CAR. Qué se ocurre, Elina mia?
Me llamas con tanta urgencia...
ELINA. Sabes que me ha convidado
para un baile la marquesa?
CAR. Supongo que la habrás dicho...
ELINA. Que me es muy grata la oferta
y la admito: tú gustoso...
CAR. Me sorprende la respuesta.
ELINA. Es verdad, soy una esclava,
y me toca la cadena
besar solo. Qué derecho
para tanto, Dios te diera?
Sin voluntad hasta aquí,
es justo que te convenzas,
que yo soy una señora
y no una infelice sierva.
CAR. Tú has perdido la razon,
y tus palabras me afrentan.
Solo yo soy el culpado:
mi amor, mi condescendencia...
Bien lo debí preveer;
es infame la marquesa.
ELINA. Todos para ti lo son:
mas son pretestos, que necia
creí un dia: de ese modo
quieres cubrir la siniestra
intencion de esclavizarme,
sin por caridad siquiera
darme algunos desahogos
que á una criada se dieran.
No merece mi cariño,
ni mi honor, mas que cautelas?
Yo me haré estimar... asi
me tratarás con fineza.
CAR. Tú confundes el amor
con la halagüeña apariencia.

El hombre noble, ilustrado,
el que goza y se recrea
en el doméstico hogar
con su amable compañera,
ese en silencio la estima
y sus virtudes respeta.
Si, Elina, no aman, mentira
los maridos que festejan
en público á sus mujeres,
los que las tienen cual prendas
de capricho, de ilusion;
y asi que la ilusion vuela,
fastidio, solo fastidio,
el corazon seco encuentra.
Yo conozco mis deberes,
lo que nuestro bien ordena;
por tanto...

ELINA. Sé que dispones
de mi con omnipotencia;
pero ya tengo ofrecido
ir al baile, y si no fuera,
de insociable te marcaran
y gozaran en mi afrenta.
Mi honor, mi virtud conoces,
y es nimiedad que pretendas
negarme que vaya á un baile
porque en él la dicha pierdas.

CAR. No, Elina, no es solamente
por ese baile mi tema:
de él nacerán los deseos
de bullicios y de fiestas;
de él relaciones que un dia
nuestra desventura sean;
de él que la marquesa abuse
de tu candor é inocencia.
Yo te he marcado el peligro...

ELINA. Tranquilizate, no temas;
no lo encuentro, y la virtud
para brillar quiere pruebas. (*Vase.*)

CAR. Y habré de emplear un dia
rigor contra su alma tierna?
Veamos pues, si con dulzura
conoce su inesperiencia,
y de esposa los deberes
sus delicias le revelan.

Marquesa vil, yo te juro
que no me infamarás! Tiembla...!
Te conozco; eres astuta,
tienes un alma de hiena:
pero á un corazon de bronce
como el mio, no harás mella.

ESCENA XI.

CARLOS *y el* CAPITAN.

CAP. Mi coronel... Pero diablo...!
solo y perorando! sueña...
Desde cuando filosofa
esa valiente cabeza,
que ni ante muerte y destrozo
pensó un minuto siquiera?
CAR. Miguel, no estoy para bromas:
estoy hecho una centella.
CAP. Disparad la bomba pronto:
yo no quito la espoleta.
Y quién es el enemigo?
CAR. Quién es? la inmoral marquesa
de la Espiga...
CAP. Voto á brios!
eso no vale la pena
de un ataque. Un coronel
bramar ante una trinchera
donde una mujer se escuda...!
ja, ja, ja...!
CAR. Si... es cosa seria.
A un ángel que yo educaba,
á mi Elina honrada y bella,
con sus faustos y placeres
la deslumbra esa coqueta:
la diplomática infame
que la virtud pisotea.
CAP. La virtud...! bien! moralista!
Cuándo brilló en la bandera
que enarbolamos?
CAR. Por Dios,

que tus descargas me aterran.

CAP. Bien, asi; términos técnicos:
ataques, estratagemas,
fuego vivo, graneado,
avance el centro, la izquierda,
á degüello... bomba... firme...

CAR. Lleve el demonio tu arenga.

CAP. Mas qué temeis? la enemiga
hace frente? acometedla.

CAR. Ya mi mujer no me oye.

CAP. Pues bien, consejo de guerra.

CAR. La marquesa me persigue.

CAP. Mandad calar bayoneta:
que sucumba.

CAR. No me entiendes
y ya pierdo la paciencia.

CAP. Alto ahí, mi coronel:
por una mujer... qué mengua!
El capitan de la cuarta
que os salvó de la refriega...
prohibe con la ordenanza...

CAR. Qué desbarrar...! qué cabeza...!
cuando Elína con sus bailes
la veo obcecada, y dispuesta...

CAP. Pero qué quereis que diga?
Vuestra esposa se subleva
porque quiere divertirse:
como que es jóven y bella
es natural, y vos mismo
aconsejarla debierais...

CAR. Que se lance en ese mundo
de profanacion, de afrenta...

CAP. Es un enemigo noble,
y apuesto yo que respeta
á su coronel querido,
á quien prestará obediencia.

CAR. No, que la escuda este siglo,
que infamante se empeña
en que la fe conyugal,
donde la dicha se encierra,
es una vil tirania,
y es solo honor la licencia.

CAP. Recordad que en otro tiempo...
Os enojais? Basta: ea.
Elina, pobre recluta,

estará de centinela,
porque el jefe no la coja
en faltas que tienen pena.
Es muy jóven, pero honrada.

CAR. Y la pérfida marquesa?

CAP. Destacadle una guerrilla...
que capitule siquiera.

CAR. Yo estoy angustiado: Elina,
mi astro de amor y belleza,
está á punto de eclipsarse
por esa amistad perversa.
Voy al instante á decirla...

CAP. Dejadla un año de treguas,
vereis luego...

CAR. Me asesinas
con tu genio y con tu flema.
Déjame llorar mis males...

CAP. Vos hecho una Magdalena...!
Ja, ja, ja...! una descarga,
y abajo con la marquesa.

CAR. Que el demonio te descargue,
antes que loco me vuelvas. (*Vase.*)

CAP. Pues yo, cual buen militar,
planto mi sitio de guerra:
arresto eterno; al cuartel...
y si pide parlamento
se lo concedo un momento.
Hoy salvo á mi coronel!
«No hay tropa sin disciplina»
A las facciosas coquetas
que se sublevan... baquetas,
y no ha de salvarse Elina.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Casa de la marquesa. Jardin con varios árboles. Es de noche. En medio del jardin algunos asientos y mesas donde se toman refrescos. Puerta en el fondo del teatro figurando la del salon que da al baile: puerta á la izquierda que conduce á las habitaciones del juego. El capitan en todo el acto estará oculto entre árboles próximos á una mesa y asientos.

ESCENA PRIMERA.

El Capitan.

Por Santiago mi patron
que el coronel bien decia!
qué femenil anarquia!
qué horrible sublevacion!
Cada madama un sultan
con su corte de hombres ciegos,
que llevan como borregos
adonde quiere su afan!
y juguetes de su danza
y de su vil despotismo,
los conducen al abismo...!
Alto... rija la ordenanza.
Elina en su aturdimiento,

qué vergüenza! qué desdoro!
esta noche pierde el oro
y al jefe del regimiento.
Qué descaro! qué jugar!
qué diablo! qué entremetida!
parece que fué nacida
en la vida militar.
Tal conducta, á fe, me pesa...
esa inocente desbarra...
La quitaré de la garra
de la pérfida marquesa.
En mi vida de desquicio,
de calavera y de trueno
algo debo hacer de bueno...
prestemos este servicio.
Ea pues, mano á la frente
y vamos á discurrir...
ó su astucia he de batir,
ó he de bajar á teniente.
(*Se tienta la frente.*)
Dura está como un guijarro.
Y cómo no, si presumo
que he aspirado yo mas humo
con el quinqué y el cigarro (*Se pasea.*)
que en medio de un cañonco?
Tomar fresco me conviene...
pero chito, gente viene...
San Jorge...! ellos son...! qué veo!
La marquesa y el tronera
de Adolfo, su vil secuaz,
el rebelde y contumaz,
que no tiene otra bandera
que la intriga y la falsia.
Me oculto. (*Lo hace.*) Oigamos... canalla!
En tal campo de batalla
bien puedo yo ser espia.

ESCENA II.

ADOLFO *y la* MARQUESA.

ADOL. Descansad, bella marquesa:
y que este apacible ambiente
bese vuestra hermosa frente
donde el alma se embelesa.
MAR. Muy bien, mi adonis, muy bien;
si no por el sentimiento,
por vuestro fino talento
orlar debo vuestra sien.
Qué galante! (*Siempre con ironia risueña.*)
ADOL. Quién no serlo,
si vuestro mirar le halaga?
MAR. Con que es verdad...? Soy tan maga...?
ADOL. Y podeis no conocerlo?
Por hechiceros motivos,
esta noche en el festin
habeis sido un querubin...
MAR. Habré hecho muchos cautivos...?
ADOL. Incluso á la misma suerte,
que esta noche os dió en el juego...
MAR. Ha estado bien, no lo niego,
mas no es el oro mi fuerte.
De cualquier modo confio...
que me sabreis apreciar...
ADOF. Sois mi ángel tutelar.
MAR. Como os conozco... me rio.
No os enfadeis con mi humor.
ADOL. En él goza mi amistad...
Sois... un tipo de bondad.
Quereis hacerme un favor?
MAR. Mandad, Adolfo querido.
Teneis pendiente querella
con viuda ó con doncella,
ó con tirano marido?
Los dos honramos al siglo,
que nos vé marchar ufanos
contra maridos tiranos,

y contra el padre vestiglo.
Trastornar la sociedad,
proclamar juegos, placeres,
árbitras á las mujeres
hacer de la libertad:
vivir entre la lisonja,
entre hermosas ilusiones,
hollar las obligaciones
sin escrúpulos de monja...
Esto es bello, esto es la vida,
esta ilustracion encanta...
Vos en esta causa santa
teneis honra distinguida...
Pero en fin, qué pretendeis?

ADOL. Hora no trato de amores:
no me entusiasman sus flores...
solo vos... ya lo sabeis...
Es ya para mí el amor
un capricho, un accidente;
pasa, vuela por mi frente,
y apenas deja calor.
Lo ensayo solo, marquesa,
porque yo os debo imitar,
ó bien por especular
que es mi mas querida empresa;
y me encanta, me fascina
no hay cosa que mas me cuadre,
que poner á un necio padre
y á un tonto esposo en berlina.
Ahora mi intencion es esta.

MAR. Y no hay conquista por medio?

ADOL. No estoy de humor... tengo tedio...
solo me ocupa una apuesta.

MAR. Supongo que será justa,
digna de vuestro criterio...
algun rapto...! un adulterio...!
Si tal es, no me disgusta.

ADOL. Propia es de vuestro doncel:
quiero... (vereis qué chistosa...!)
una prenda de la esposa
de Carlos el coronel.
A las doce de mañana
en el café de Roberto,
si á presentarla no acierto
soy befa de la jarana.

Aposté sesenta duros,
contando con vos, amiga,
porque su esposo maldiga...
no me sacareis de apuros?

MAR. Ved que Carlos es temible...
(Ya Adolfo es carga pesada...
con una buena estocada
deja de serme insufrible.)

ADOL. La ocasion es muy divina,
no se debe despreciar.
Vos os teneis que vengar...
En vuestra casa está Elina...

MAR. Es verdad que Carlos quiso
disfamar mi nombre un dia;
pero fué una tonteria
que me confesó sumiso.

ADOL. Pero vos bien conoceis
que es un marido anticuado,
y que hasta verle ilustrado
se debe...

MAR. Bien: lo quereis...
pero qué debo yo hacer?
decidlo pronto, por Dios.
(Para perder á los dos
me inspirará Lucifer.)

ADOL. Nada á mi mente se ocurre...
ni una idea se resbala...
mas, quién en genio os iguala?
quién nunca cual vos discurre?
Vaya, mi adorada bella,
vos siempre me habeis guiado;
vuestro talento esmerado
es mi luz, mi única estrella.

MAR. Aunque alcanzo el frenesi,
el cruel desasosiego
que vuestro pecho de fuego
tiene constante por mí,
no á mal lleveis si celosa
os demando fe, querido.
Habedlas con el marido,
sin ver que Elina es hermosa.

ADOL. (Oh! si mi afan la alcanzara...!)
Tanto amor sé agradeceros:
mas cómo infiel poder seros
quien vuestra pasion lograra?

MAR. Bien, mi lindo enamorado!
Discurramos, lo merece
quien tan galante se ofrece.
(*Discurre.*)
A Elina habeis convidado
para bailar?
ADOL. Justamente.
MAR. Me dais celos...
ADOL. Dulce amiga!
MAR. Lo hariais porque no se diga...
ADOL. Que no soy muy complaciente.
MAR. Pues bien: no vais al salon.
ADOL. Quereis burlaros, marquesa?
MAR. Es solo porque interesa
para la negociacion.
No vais, bailará con otro,
yo la acuso en su desvio,
le digo que un desafio...
ADOL. Señora, estoy en un potro.
MAR. Calma, mi Endimion, divino,
hasta que escucheis el fin...
Me la traigo á este jardin...
ADOL. Sois Minerva! ya adivino...
MAR. Le hago que ponga un billete
suplicandoos que vengais,
que del duelo desistais...
y se concluyó el sainete.
Le notaré... necesita
mi auxilio, no está ilustrada:
no dirá el billete nada
mas que os demanda una cita.
En vuestro poder se queda
esta prenda, y á otro dia
se publica en vuestra orgia,
y Carlos en almoneda.
ADOL. Con qué pagaros?
MAR. Ahora,
con presentarme al salon,
ADOL. Vamos, con el corazon.
(Es la caja de Pandora.) (*Vanse.*)

ESCENA III.

El Capitan *saliendo de los árboles.*

Santiago, y qué par de viles!
pobre Carlos! pobre Elina...!
qué cañon! qué culebrina
os guarda sus proyectiles...!
Pardiez que no es buena guerra
la que prepara esta grey;
ni en ordenanza ni en ley
puede correr en la tierra.
Qué estrategia...! Pero alto:
por Castilla, por San Juan,
juro á fe de capitan
que he de impedir el asalto.
Mi espada... qué deshonor...!
para fatuos y coquetas...
dos carreras de baquetas,
cien palos sobre un tambor.
A un coronel tal jugada...!
por quién...? por una marquesa
que por libre y por traviesa
debiera estar fusilada.
Pero guarda... que aqui viene
el tal Adolfo á hacer hora;
pues que mi emboscada ignora,
darle el frente me conviene.

ESCENA IV.

El Capitan *y* Adolfo.

Adol. Vos aqui, mi capitan?
Cuándo Marte con Cupido
tan discordes?

CAP. Por mí nunca
la paz se alteró, mi amigo.
Es que el gas, la luz, el baile,
el movimiento, el ruido,
me trastornan... voto va!
Voy á pedir el retiro:
soy un veterano inútil.
Yo que al son del estampido
del cañon, y entre el destrozo
hallaba contento y brio,
hoy un baile me fatiga...!
Por Santiago...!

ADOL. Eso es fastidio.
No se rinde alguna plaza?
se ha interpuesto algun marido?
y eso arredra á un capitan
tan bizarro? Esto es muy lindo.
Si deseais de mi ayuda...

CAP. (Yo si que te daré auxilio...!)
Gracias, Adolfo: al presente
no corro ningun peligro.
Estoy vacante: no encuentro
quien me quiera de enemigo.

ADOL. Vos estar sin tres conquistas!
Vos, adalid de este siglo,
con un corazon ardiente,
con la sal y el atractivo
del uniforme...! Bobada.
No sois bien franco conmigo,
y mas cuando nuestros goces
están en contar á gritos
nuestros lances y aventuras,
los nombres, los apellidos
de las víctimas...

CAP. Os juro
que es verdad lo que os he dicho...
Sabeis que no miento: y vos
no teneis plantado sitio...
á alguna bella...? Imposible!
Vos sois un sagaz Cupido...

ADOL. Soy autómata esta noche:
estoy bailando en el limbo.

CAP. (Quizá te haga yo bailar
hasta en el infierno mismo.)

ADOL. Si quereis que propongamos

un ataque...

CAP. De improviso?

ADOL. Asi sale mas gracioso.

CAP. Pero hay alguna...?

ADOL. Divino!
A escoger...

CAP. A discrecion...?

ADOL. Y mas que suenen los tiros
en cuatrocientas tertulias.
Curemos espantadizos.

CAP. Bueno... bien... cuando gusteis...

ADOL. Estais, capitan, muy frio!
Sin duda que habeis jugado?

CAP. Buen ataque, por San Victor,
me ha pegado la marquesa!
El prest de un año ha corrido.
Qué metrallazo...! ha tomado
por asalto mis bolsillos.

ADOL. Pues yo voy á ver si el juego
me despierta los sentidos.

CAP. Y yo á bailar... las derrotas
nunca abatieron mi brio.

ADOL. Agur, mi buen capitan.
Cuidado con los maridos!

CAP. Agur. Cuenta con el juego,
no os armen trampa, mi amigo!
(Se va Adolfo por la puerta del juego.)
No ganarás el entrés
aunque eres sagaz y fino.
Vas á luchar con la táctica
de un militar aguerrido,
que entre mil calaveradas
hoy va á hacer un buen servicio.
Vámonos al escondite. (*Se va.*)
Mi centinela principio.

ESCENA V.

ELINA *y la* MARQUESA.

ELINA. Marquesa, estoy muy cansada:
he bailado con delirio.
MAR. Bien, mi Elina; ese martirio
lejos de afligir agrada.
Descansa, sí; pero escucha
un asunto interesante...
ELINA. Dios mio! vuestro semblante
con agitaciones lucha...!
MAR. Oye sin alteracion:
una leve inadvertencia
tuya, espone la existencia...
ELINA. Agitais mi corazon:
de quién...? cómo...?
MAR. Sin intento
ha sido, Elina; calmaos.
ELINA. Oh marquesa, declaraos,
que me dais mucho tormento!
MAR. Lo conozco, y este lance
te debe mucho afectar.
No hay tiempo que despreciar:
á evitarlo á todo trance.
Adolfo...
ELINA. Tiemblo á ese nombre!
MAR. Te eligió por su pareja;
con otro bailas, se queja,
y desafia á ese hombre.
El duelo es pactado á muerte,
que á tanto el honor obliga;
mas para impedirlo, amiga,
vengo presurosa á verte.
ELINA. Adolfo...! oh fatalidad,
va á jugar por mí la vida...!
mi reputacion perdida...!
qué escándalo...! oh Dios, piedad!
MAR. Serénate, no hay motivo
para tanto desconsuelo:

sabes que á tu lado velo,
que mi afecto es escesivo...

ELINA. Estraña á este laberinto,
sin cultura ni talento,
tal vez á cada momento
tome un camino distinto.
Perdida en las sutilezas
de la sociedad brillante,
faltaré, soy ignorante,
mas no cometo vilezas.

MAR. Cómo yo dudarlo, hermosa,
cuando tu alma pura veo?

ELINA. No falté ni aun con deseo
á Adolfo, amiga bondosa.
Cierto es que me convidó
para el rigodon primero:
si me olvidó el caballero,
la ofendida no fuí yo?
Si otro me vió desairada
y me convidó á bailar,
no debo queja fundar
del que me dejó olvidada?
En fin, si esos tristes lances
engrien á la hermosura,
yo solo encuentro amargura...
Soy tímida, sin alcances.
Mi honra, que es mi bien, mi gloria,
amenazada se mira.

MAR. Mi afan á guardarla aspira,
y logrará la victoria.

ELINA. Pues que ese lance funesto
se impida por caridad
Disponed de mí... pensad...

MAR. (*Reflecionando, saca de pronto una cartera, papel y lapiz que pone sobre la mesa.*)
Vamos, escribe.

ELINA. Con esto...

MAR. La fatal cuestion termina.
Te aprecia Adolfo, y al punto
por tí concluye el asunto:
en esto no hay duda, Elina.

ELINA. Qué le escribo?

MAR. Dos renglones...
Pero, amiga, estás turbada,

ELINA. Yo no estoy acostumbrada...

MAR. Tienes de sobra razones:
un billete muy conciso.
Que venga aqui le suplicas,
le hablarás, te justificas...
Vamos, notaré... es preciso, (*Le nota.*)
«Adolfo: si es que me apreciais, os espero en este momomento en el jardin. Vuestra amiga. *Elina.*
(Pobre tonta...! firmó el pliego
aun con placer... infeliz!
no observa que este desliz
le va á robar el sosiego.)

ELINA. Y creeis, marquesa amable,
que Adolfo me atenderá?

MAR. Y el duelo terminará.

ELINA. Sois una amiga envidiable.
Y al punto... muerta estoy
hasta que llegue el instante...

MAR. Ya te he dicho lo bastante:
á buscarle pronta voy.

ELINA. Qué amiga tan generosa!
mujer mas bella no existe!

MAR. (Qué víctima tan sin chiste!
Carlos, me venga tu esposa.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

ELINA.

Cuando yo creia
la copa apurar
de dulce alegria,
cómo imaginar
que tanta ilusion
viniera á turbar
mi fiel corazon?
Oh! siempre insensata
corrió la inocencia
tras sueños de plata,
su hermosa existencia
turbó la traicion:
verá esta sentencia

mi fiel corazon?
De Adolfo, mi acento
el duelo empeñado
termine al momento.
Oh! nunca empañado
mi noble blason,
contemple angustiado
mi fiel corazon.
Salvadme, Dios mio!
soy débil barquilla:
si en piélago impío
lanceme sencilla
buscando ilusion,
mirad sin mancilla
mi fiel corazon.

ESCENA VII.

ELINA *y* ADOLFO.

ADOL. Estoy á vuestras órdenes, señora.
ELINA. Dispensad, caballero,
si de vuestra bondad abuso ahora.
ADOL. Vos abusar..! sin duda
que ignorais la afeccion que os da mi alma.
ELINA. Pues vuestro honor me escuda,
por vos, por mí, me devolved la calma.
ADOL. No os comprendo. Mandad lo que gusteis.
Vuestro cordial amigo...
ELINA. Dónde está la amistad, si no entendeis
mi pretension, mi ruego?
Habladme por piedad con mas franqueza.
ADOL. Elina, decid luego,
que os prometo servir, por mi nobleza.
ELINA. Acojo vuestra oferta, me es sagrada.
Ya vuestro desafio
sin efecto quedó...! Mi alma angustiada
lo suplica afanosa.
ADOL. Quién os lo dijo, quién?
ELINA. No hace un momento
que nueva tan odiosa

amargó de mis goces el contento.

ADOL. Pues bien, señora, el desafio es cierto,
y tambien no ignorais
que el que respira honor debe ser muerto
antes que á la contienda...

ELINA. Alcanzo de esas leyes el delirio,
mas quiero que comprenda
de una esposa el decoro y su martirio...

ADOL. (Sentimental principia la novela;
este papel me cuadra.)

ELINA. Atendedme por Dios! Mi pecho anhela
que le escucheis propicio;
mi educacion, Adolfo, fué sencilla:
de la corte al bullicio
vine, jóven esposa, de mi villa.
Esta noche lanzada á los placeres
de la sociedad culta,
donde brilla el talento de mil seres,
nada de estraño fuera
que, entre tanta etiqueta y elegancia,
un desliz yo tuviera.
No era justa, en verdad, la tolerancia?
Hijo de la pureza es mi lenguaje:
yo no pensé agraviaros
cuando valsé con otro, ni un ultraje,
cómo yo nunca haria
al hombre tan galante y caballero,
que usó la cortesia
de elegirme entre mil, que fué el primero?
Os esperé impaciente...

ADOF. Si, lo creo;
pero yo me vi entonces
de un hombre preferido, vil trofeo.
Insulto tan marcado
no tolera jamás quien nombre ostenta,
y el duelo ya aplazado,
con sangre lavará la odiosa afrenta.

ELINA. No será, no, por compasion lo pido.
Y si quereis vengaros,
yo sola, noble Adolfo, he delinquido.
Si no estimais en nada
de mi pecho el acento tan sincero,
ni vuestra fe empeñada
de servirme leal y caballero,
heme aqui, triste esposa, suplicando.

Con vuestro desafio
la novedad mi nombre mancillando
publicará do quiera,
y sonando en el alma de mi esposo,
maldecirá severa
mi limpio honor, mi dicha, mi reposo.
Oh! no sereis cruel, ni tendreis gloria
en lanzarme al desprecio,
llenando de baldon aun mi memoria.
Comprended mi amargura...!
Sin duda habreis amado y amareis...

ADOL. Mi muerte ó mi ventura
cifro en esta pasion... no me entendeis?
Que si amo me decis, preciosa Elina?
Amo como el sediento
al espirar, el agua cristalina.
Amo...

ELINA. Yo en nombre imploro
del objeto adorado, vuestra gracia.

ADOL. Su anhelo es mi tesoro,
y quiere complaceros mi eficacia.
Bien, no me batiré, seré un cobarde,
aunque ante el mundo todo
de esta accion mi rival hiciera alarde...
Contenta estais, señora?

ELINA. Nunca mi corazon tal sacrificio
podrá olvidar.

ADOL. Y ahora
seré digno, quizá por tal servicio,
de la hermosa mujer por quien aliento?

ELINA. Cómo no amaros,
si su nombre no mas, tal valimento
en vuestro pecho alcanza?

ADOL. Si vos, mi dulce amiga, el ser amado
fuerais de mi esperanza,
no me viera querido y perdonado?

ELINA. Mil títulos teneis...

ADOL. Pues bien, Elina,
vos sois la que idolatro,
la que el alma me incendia y me fascina:
vos sois mi único dueño,
mi amor, mi dicha, mi feliz suspiro,
mi hermosa luz, el aire que respiro:
sois la vírgen de amor y de consuelo
que mi ardorosa mente

miró cruzar por encantado cielo.
Educado en la corte,
en el mar de pasiones borrascoso,
sin piloto, sin norte,
sucumbiera mi pecho generoso,
cuando como la luna en noche oscura,
que al perdido viajero
sus destellos ofrece de ventura...

ELINA. Adolfo...! amigo mio...!
Por piedad no seguid. Será posible
que cuando el desafio
dejais por mi decoro, y que sensible
á la voz de mi honor y mis clamores
mi protector os llamo,
deis á mi gratitud nuevos dolores?
Oh! vos que el alma veis
de esta pobre mujer, de esta infelice,
no es justo que abuseis.
Al hombre que obra asi, Dios le maldice.

ADOL. Y quién me dió este amor que me devora,
que es mi ser y mi vida,
que es mi gloria, ó mi infierno? quién señora?
Libre el amor impera,
y es el dueño del hombre y de su suerte...
Si no me amais... siquiera
dejadme que lá paz halle en la muerte
Nunca os demandaré celos ni agravios:
mi padecer eterno,
jamás os lo dirán mis secos labios.
Mi pasion os aterra...!
Mi sangre pronto os volverá el sosiego,
corriendo por tierra.
(*En accion de irse.*)

ELINA. Oh, nunca, Adolfo, nunca, yo os lo ruego!

ADOL. Es verdad que me amais? Oh! quiero oirlo.
sin mucho ardor, que el alma
no pierda su razon al repetirlo.

ELINA. Calmaos, señor, oidme...

ADOL. Pues mi suerte benéfica lo quiso,
vuestro amor repetidme,
y me tornais el mundo en paraiso.
De placer en placer, de gozo en gozo
os llevaré do quiera,
y embriagado de amor y de alborozo,
yo recogeré ufano

las ofrendas que den á esa hermosura,
que un marido tirano
quiso ocultar en horrida clausura.
Juradme amor constante, amor supremo;
la felice sentencia...

ELINA. No teneis compasion, y sufro, y temo...!

ESCENA VIII.

Dichos y la MARQUESA, *que sale por la puerta del salon dirigiéndose á los dos.*

MAR. Su mas linda pareja
la reunion echa menos, mis amigos:
si no lo habeis por queja,
quereis venir á ser fieles testigos?

ELINA. Al momento, mi amiga. (Me ha salvado!)

ADOL. Cuando gusteis, marquesa. (Me ha perdido!)
(*La marquesa enlazándose del brazo de Adolfo: Elina del otro.*)

MAR. Voy llena de alegria á vuestro lado.
(Mañana mi placer será cumplido.)

ESCENA IX.

El CAPITAN *sale y los sigue.*

Lo veremos, marquesa: el emboscado
es un buen militar, muy aguerrido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Sala decentemente adornada: puertas laterales y al foro. Casa de Carlos.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS *y el mayordomo* PABLO.

CAR. Vamos, Pablo, y á qué hora
concluyó por fin la fiesta?
PAB. A las tres de la mañana...
Cerca de las tres y media,
cuando estaba yo tocando
el violon con la cabeza.
Qué maldita es esta moda
para la gente ya vieja,
y mas si como yo está
hecho á una vida muy quieta,
roncando al oscurecer
cerca de la chimenea.
CAR. Tienes razon, mi buen Pablo;
mas amigo, no se pescan
truchas á piernas enjutas.
PAB. Señor, si en mi mano está,
renuncio à todas las fiestas

por descansar, que en las noches
mandó Dios que se durmiera,
y no son buenos cristianos
ni con pizca de conciencia,
los que el dia vuelven noche
y la noche bulla y gresca.

CAR. Segun eso, la señora...

PAB. No lo digo yo por ella,
que no tiene esa aficion
y es muy recogida y buena:
lo digo por esos monos,
por esos hombres manteca,
que en pomadas y listones
pasan las noches enteras
requebrando á las señoras,
bailando como muñecas.
Yo aseguro que si ellos
para manducar tuvieran
que encallecerse las manos,
durmieran á pierna suelta.

CAR. Cada cosa con su edad.
Como tú estás hecho un pelma,
te fastidia que los jóvenes
como es justo se diviertan.

PAB. No señor, siempre hubo bailes
y diversiones honestas;
pero esto es un despilfarro,
esto es perder la mollera.
Qué lujo, señor, qué lujo
ha ostentado la marquesa..!
Luces, cortinas, florones,
dulces, refrescos, orquesta,
una nube de criados...
vamos, ni la misma reina.
Cuántas familias honradas
con el gasto de esta fiesta,
acabáran sus pesares,
sus llantos y sus miserias!
Y no es esto lo peor;
qué escándalo..! qué vergüenza..!
las señoras en el juego
llenando de oro las mesas...

CAR. Eso es de moda; y haria
la señora que allí fuera
un papel muy desairado

si no jugara, y risueña...

PAB. Será como vos decís:
nunca en vuestra parentela
mas noble que el Cid Rui Diaz,
jugaron ni ellos, ni ellas.
Hay mujeres que han perdido
en dos dias sus haciendas,
han dejado perecer
á sus hijos... y no hay penas
para tales jugadoras..?
Yo las echaba á galeras.

CAR. Y si acaso á la señora
le tocaba tu sentencia?

PAB. No señor; la señorita
nunca ha jugado en su tierra,
y no manchará su alma
con esa pasion funesta.

CAR. Es decir que aqui ha jugado...

PAB. Yo, don Carlos, no quisiera...
como á vos os he criado,
y la quiero tanto á ella...

CAR. Y bien. ¿crees que yo me enoje
porque jugara? Mal piensas.
El que no lo hubiera hecho
siendo mi esposa, sintiera.
Nuestro decoro lo exige...

PAB. Estoy... será moda esa:
lo hará por un compromiso,
si señor, de higos á brevas;
pero yo... ni en estos casos
me lo dicta la conciencia.

CAR. Pero qué temes? por qué?
Elina es mujer discreta,
y sabe lo que á su esposo
y á su buen nombre se deba.

PAB. Lo creo; pero su alma
es muy virtuosa y bella,
y no faltarán infames
que quieran comprometerla
á jugar, y bien sabeis
que el vicio por poco empieza.
¿Y no será un contra Dios,
que en una noche, las rentas
de vuestras tierras y fincas
por un capricho se pierdan?

Vos que la vida espusisteis
cien mil veces en la guerra,
para poder sostener
vuestra casa con decencia,
no será...?

CAR. No, amigo Pablo:
bien sé lo que te interesas
por nuestro bien. La señora,
como te he dicho, es muy cuerda,
y no quiero la disgustes
con alguna inadvertencia.
Dinero y cuanto te pida
se lo das, que ella es la dueña,

PAB. Y acaso estará demas
que un consejo se le diera
sobre ese juego del diablo...?

CAR. Ya te he dicho que no temas.

PAB. Vos con maña le decis
que nunca se compromete...
que estamos muy mal de fondos...

CAR. Vamos, Pablo, me mareas
con tus sandeces... Despacha
á unos colonos que esperan
y trátalos con dulzura.

PAB. Ydejais la letra abierta
para la señora, en caso
que para el juego pidiera?

CAR. Lograrás incomodarme.

PAB. Me voy, señor. Qué licencia!

ESCENA III

CARLOS.

Si, Pablo, tienes razon,
sin que hombre probo te arguya.
Oh! cada palabra tuya
me ha pasado el corazon.
Todo discorde y sin tino,
muertas las bellas acciones,
solo imperan las pasiones

en horrendo torbellino.
Al ateismo inmoral
llaman vida de cultura,
sin beber mas que amargura
en nefanda bacanal.
Luchemos hoy, si, luchemos
con este mar borrascoso;
salve á Elina, y el reposo
en otro punto hallaremos.

ESCENA III.

CARLOS *y* BEATRIZ.

BEAT. Señor, con vuestro permiso.
Vengo á ver si la señora
me ocupa en su tocador.
Si mi presencia incomoda...
CAR. No, Beatriz. Si preguntase
por mí... quiero, sin demora
que avises: estás? Adios. (*Vase.*)
BEAT. Lo haré como usted lo nota.
Qué suavito está don Carlos!
Asi á los hombres se doman,
y á los tiranos maridos
en escuderos se tornan.

ESCENA IV.

BEATRIZ *y* ELINA, *que sale de su dormitorio vestida con negligencia.*

ELINA. Buenos dias, mi Beatriz.
BEAT. Señora, habeis descansado?
ELINA. Me encuentro perfectamente.
Qué hora es?
BEAT. Si no me engaño
muy pronto darán las once.

ELINA. Recógeme ese trenzado,
(Elina se sienta ante un tocador y Beatriz le arregla el cabello.)
BEAT. No os vestis hoy? Tan sencilla...
ELINA. Amiga mia, no salgo.
Has visto á mi esposo hoy?
BEAT. Ha bien poco, y me dio encargo
que si usted por él pregunta,
le llamase...
ELINA. Con enfado?
BEAT. Mas que una malva suave.
Y cómo, Elina, no estarlo,
cuando tiene por esposa
á la reina del encanto?
ELINA. Es que todos no me miran
con tu cariño esmerado.
BEAT. Que lo diga la reunion
de anoche: en todo el sarao
solo se escuchaba: «Elina
es un ángel, un dechado
de gracias y de hermosura.»
ELINA. Oye. Para el jueves trato
dar un baile, y es preciso
que sea con lujo tanto,
con tanta magnificencia,
que puedan los cortesanos
citar por tipo del gusto
á la que hermosa citaron.
BEAT. En fin, que sea el salon
un paraiso de encantos.
Es preciso echar el resto:
vuestro honor interesado...
ELINA. Me comprendes. Vé y de acuerdo
con el mayordomo Pablo
te pondrás, y en esta tarde
mis órdenes daré á entrambos.
Que haya diez mesas de juego
muy lujosas... No olvidarlo.
Vé con Dios.
BEAT. Si algo ocurriese...
ELINA. Te llamaré de contado.

ESCENA V.

ELINA.

Daré el baile... lo ofrecí;
no quiero que la marquesa
dude un momento de mí.
Mi amor propio se interesa...!
Estoy decidida, sí.
Yo renunciar al placer
de bailes y diversiones,
que ofrecen á la mujer
una vida de ilusiones...!
Es debilidad temer.
La brillante concurrencia
vendrá á obsequiarme afanosa,
seré del baile la diosa,
y tranquila en mi conciencia,
Carlos me hará al fin dichosa.
Con mis triunfos engreido,
se convencerá algun dia
que es venturoso marido,
y entre el lujo y la alegria
seré su ángel bendecido.

ESCENA VI.

ELINA *y* CARLOS.

CAR. No he venido á verte antes
por no perturbar tu sueño;
dispensa, adorada Elina.
Has descansado?
ELINA. Me encuentro
á tus órdones, é ignoro
por qué tanto cumplimiento

con una esposa que sabe
su deber y tus derechos.

CAR. Debo cumplir con las leyes
del buen tono. Yo no quiero
disgustarte en nada, Elina.

ELINA. Oh! tu ironia comprendo:
mi alma pura la rechaza,
que es digna siempre de aprecio.

CAR. Y cuándo no la adoré?
He ahi, Elina, lo que siento,
que no entiendes mi cariño.

ELINA. Y entonces por qué te veo
receloso, disgustado?
cuál el motivo...? no entiendo...

CAR. A qué repetirte ahora
lo que te he dicho? No acierto
á fijar tu hermosa vista
en el goce verdadero.
Lleva al corazon la mano,
y aclarará tus misterios.
Recuerda los gratos dias
desde el sacro juramento
en que nuestro amor se uniera
en venturoso himeneo.
En nosotros encerradas
las glorias del universo,
éramos dos palmas juntas
que crecen en el desierto.
Entonces, ay! no pensabas
brillar en los aposentos
de la intriga y la falsia.
Mas corazones perversos,
tu alma cándida seducen,
tal vez con fines siniestros,
y al torbellino te lanzan
do solo hallarás tormento.

ELINA. Es porque todo lo miras
por entre prisma muy negro,
y en esto das que pensar
que está tu corazon seco
á la amistad y virtud.
Por qué temes ningun riesgo?

CAR. Vé, Elina, una sola noche
que has mirado con desprecio
el cariño de tu esposo,

sus benéficos consejos,
por presentarte coqueta
y adormirte en el incienso,
cuál nuestra buena franqueza
se va alejando del pecho!

ELINA. Pero he de vivir aislada
de tantos goces en medio?

CAR. No, que anhelo que disfrutes;
pero es de justos recreos,
y que encuentres la ventura
donde la vertiera el cielo.
Quiero que mires la dicha
de tu casa en el gobierno;
deseo que si eres madre,
goces el júbilo eterno
de vivir para tus hijos,
y no para devaneos,
para el lujo y el engaño,
como es de moda el hacerlo
por esas... que yertas madres
jamás sienten los afectos,
á que consagran la vida
aun las fieras del desierto.
Vé llena de amor mi alma...

ELINA. Nunca lo dudé; lo creo.
Tú que conoces el mundo
y tienes mucho talento,
brillarás, y yo á tu lado
gozaré de mis deseos.

CAR. Pobre Elina! Esa marquesa,
mengua y baldon de tu sexo,
te conduce...

ELINA. La marquesa
es de la bondad ejemplo,
es mi amiga generosa,
y solo alcanzo en su afecto
honor, finura, instruccion
para ser un buen modelo...

ESCENA VII.

Dichos y Pablo.

Pab. Señor, con vuestro permiso...
Acaban de darme un pliego
para vos, y con encargo
de que os lo diese al momento:
se fué el que me lo entregó,
que para mi es forastero.
Car. Su nombre...
Pab. No me lo dijo...
ni pregunté.
Car. Bien, veremos:
y una vez que no hay respuesta
te puedes ir.
Pab. Hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Carlos *y* Elina.

Car. Con tu licencia, mi Elina,
leeré el papel. (*Se pone á leer.*)
Elina. Eres dueño.
Ay! siente mi corazon
agudos remordimientos!
Que á mi necia timidez
vencer tranquila no puedo?
Car. Ira de Dios! tal infamia
á un nombre preclaro, ileso!
Sangre verterá el villano
que en don Carlos Amadeo
osó estampar una mancha
de afrenta...! mira un ejemplo
de la sociedad de tono,
fuente de paz y contento.

En ella dignidad, glorias
se alcanzan á un mismo tiempo:
en ella está la marquesa
para dar bellos consejos.
Si el matrimonio es un lazo
de tirania y tormento,
qué cosa mas justa y santa
que yo sufra el vilipendio
digno del que en los altares
te juró cariño eterno?
Qué cosa mas santa y justa
que á esos jóvenes apuestos
se una mi querida esposa
su honor precioso vendiendo,
para celebrar la gracia
y lanzarme en el despreeio?

ELINA. Dios mio...! Estás delirando...?
Me horrorizas... Santos cielos!

CAR. Escucha el primer ensayo
que tú en el gran mundo has hecho.
Escucha la recompensa
que das á mi amor.

ELINA. Yo tiemblo!

CAR. (*Lee agitado.*) «Señor don Carlos Amadeo: A las doce de este dia una reunion de jóvenes de buen tono, en el café de Roberto, tienen una orgia que producirá la apuesta que hizo uno de ellos, llamado Adolfo, de presentar una prenda de amor de vuestra esposa...»

ELINA. Dios de bondad...! tal infamia...!
Amparadme...! yo fallezco...!

(*Cae medio aletargada en un sillon. Carlos sigue leyendo.*)

CAR. «Un billete dándole una cita, escrito y firmado por ella, costeará la funcion, que concluirá con sendos vivas...»

Me hierve toda la sangre...!
El furor arde en mi pecho!

«Al pacientísimo marido, á quien anotarán en el libro de las víctimas, y cuyo nombre se dará al público, para que sirva de diversion en las tertulias. Apreciad este aviso que os da un amigo, en tiempo que podais evitar el lance.»

Y asi la reputacion
de un hombre, de un caballero,
que la adquirió en cien combates
vertiendo su sangre en ellos...
Asi esa reputacion
pura cual la luz del cielo,
se trata por esos entes
de mengua y de vilipendio...?
Y asi la esposa del alma
á quien consagré mi afecto...?
Discúlpate, infiel esposa...!
Me desgarra tu silencio.

ELINA. Carlos, estoy inocente...
bien lo sabe el Ser Supremo.

CAR. Ese billete infamante
quién lo escribió...? No mas tiempo
tu callar me pase el alma.
Oh! justifícate al menos...
engáñame... y que me dejen
los pensamientos acerbos,
las furias con que me mata
sin compasion el infierno.

ELINA. Auxiliadme, Virgen pura...!
á vuestra bondad apelo.

CAR. Adios, mujer sin pudor;
voy á complacerte: presto
verás mi sangre correr
tu vil nombre maldiciendo,..

ESCENA IX.

Dichos y el CAPITAN, *que oye los últimos versos y detiene á Carlos.*

CAP. Le mando á mi coronel
que no se mueva del puesto.
El enemigo cayó
en mis ardides guerreros.

CAR. Oh! tú tambien me atormentas
y me quitas el consuelo
de pasar á un hombre infame

veinte veces con mi acero.
Tú me has quitado el alivio
de exhalar mi último aliento,
terminando asi una vida
de oprobio y baldon eterno.

CAP. Esa vida es de la patria,
y brilla mas que un lucero
por su honor y por sus timbres.

CAR. Y no ves ese trofeo
(Señalando á Elina que estará abatida.)
de mi deshonra? no ves
esa mujer, que el infierno
lanzó para mi infortunio?

CAP. Es inocente: sosiego!
Ya sabeis que el capitan
nunca mintió... es caballero.
Yo lo juro. La marquesa,
con ese Adolfo de acuerdo,
un lazo armaron á Elina,
con el plausible deseo
de deshonraros, segun
les ordena el reglamento
del gran tono. Ese billete
Elina lo escribió, es cierto,
pero fué para impedir
un desafio supuesto.

ELINA. Marquesa vil, maldecida!
Adolfo, cobarde, artero...!
asi de un alma inocente
os burlabais...?

CAP. Son maestros.
Vos, señora, muy sencilla,
y muy vil el regimiento,
que con nombre de buen tono
desmoralizan el reino.

CAR. No ha sido infiel...! Capitan,
dónde está Adolfo? qué ha hecho
de ese billete? Mi nombre
ya mancillado contemplo:
de diversion y de mofa
en la corte será objeto...!
Quiere lavar esta afrenta
mi siempre preclaro anhelo,
porque el aire que respiro
me está emponzoñando el pecho!

CAP. Fué completa mi victoria.
CAR. Pero vive el monstruo...?
ELINA. Cielos...!
terminad mis padeceres.
CAP. Vive... en salvo y está bueno.
CAR. Y en su poder mi deshonra...?
CAP. No, que intercepté yo el pliego,
y la trompa del escarnio
toca contra otro sugeto.
ELINA. Acabad por Dios...
CAR. Esplica...
CAP. Ya voy, que no soy muy diestro
en esto de la elocuencia.
Pues señor, ya que en mi acecho
conocí del enemigo
todos sus planes é intentos,
y que á las doce estallaba
la mina, á las once vuelo
casa de Adolfo: lo niegan,
y un ataque rudo pego
al gabinete. Se admira
de mi afable cumplimiento.
Me interroga, en dos palabras
digo la embajada... El cielo
se desplomó en su cabeza.
Le eché un mirar bien certero,
y ví que á los capitanes
como yo, les tiene miedo.
—«Decid, quién os ha enterado
de este lance? es un secreto...
—La marquesa vuestra amiga.
—Corriente, capitulemos.
Qué quereis de mí?—El billete,
y hasta la muerte el silencio,
ó en cambio, si no aceptais,
la tapa de vuestros sesos.»—
Enérgica era mi arenga,
y se rindió como un negro.
—«Bien, con una condicion.
—Decidla:—Vuestros consejos
para batir á esa arpia.
—Contad conmigo.—Ahora mesmo.
Del amor de la marquesa
la correspondencia tengo.
—Nos marchamos al café,

en alta voz la leemos,
y repartis las epistolas
para que circulen luego:
las armas de la marquesa
se vuelven contra su pecho.»—
He aqui mi ataque: mirad
si soy un militar diestro,
y si en mi hoja de servicio
este plan anotar puedo.

CAR. Un abrazo! me has salvado,..!
mas que la vida te debo.
Oh! tú no sabes, Miguel,
lo dichoso que me ha hecho.
Soy tu amigo, soy tu esclavo.

CAP. Eso... vuestro amigo... y bueno.
(*Se abrazan.*)
Por los demas, coronel,
ningun elogio merezco.
Yo cumplí con la ordenanza
y no he contraido mérito.

ELINA. Permitid, capitan noble,
hombre generoso y tierno,
que una dama agradecida
á quien librais del desprecio,
la gratitud y el cariño
de su enajenado acento
pueda humilde á vuestras plantas...
(*Se arrodilla y el capitan la levanta.*)

CAP. Señora...! qué estais haciendo,
cuando yo indigno me juzgo
de ser ni asistente vuestro?
Levantaos... dad un asalto
al que vuestro hermoso afecto
merece... Si, vuestros brazos
al punto enlacen su cuello.

ELINA. No merezco yo esta gracia.
De pensarlo me avergüenzo.
Yo debo ganar su amor
con mi llanto amargo, eterno,
con mi cariño del alma
y aciagos remordimientos.

CAR. Ven á mis brazos, Elina,
y encuentra la paz en ellos
que mi amor puro te brinda,
(*Se abrazan.*)

como lo hizo en todos tiempos.

ELINA. Cuán indulgente conmigo...!
tu virtud será mi ejemplo. *(Llora.)*
Perdona mis dulces lagrimas:
son hijas de mi contento,
de mi eterna gratitud;
qué dichosa hora me encuentro!

CAP. *(Enternecido.)*
Por Santiago...! Vaya... asi...
(Que nunca llorar yo puedo!
No valgo para estos lances
nada... nada... lo confieso.)

ESCENA X.

Dichos y BEATRIZ.

BEAT. La marquesa...
(El capitan vuelve á enlazar á los esposos.)

CAP. Asi enlazados.
Ha llegado á muy buen tiempo.

ESCENA ULTIMA.

CARLOS *y* ELINA *abrazados. El* CAPITAN *y la* MARQUESA.

MAR. Señores, eso es muy lindo.
Tal á los esposos quiero.

CAR. Perdonad; nunca pensamos
(Separándose de Elina.)
nos hiciérais el obsequio
de venir á presenciar
las glorias de vuestro genio.

MAR. Ignoro en qué yo pudiera
aumentar vuestros afectos!

ELINA. (Hipócrita...! despreciable...!
su presencia es un tormento...!)

CAP. Mi señora, vuestros planes
abortaron... qué remedio!
los mejores generales
tienen descuidos tremendos.
MAR. Estais de humor...! Son muy gratos
para mí vuestros recreos.
Habeis descansado. Elina?
(*Elina no responde.*)
(Oh Dios! si habrán descubierto...)
CAR. No estrañeis, señora mia,
si faltamos al respeto
debido á vuestra grandeza;
un marido tan plebeyo,
tirano segun decis
en vuestros altos conceptos,
una esposa sin cultura,
que no ha querido deberos
os solaceis con su honor,
justo es que los cumplimientos
os nieguen... que á vuestra altura
no están ni quieren...
CAP. Me agrego
como franco militar
á esa opinion. Mi sombrero
(*Le tiene puesto y le señala.*)
podrá delinquir, señora,
pero no mis sentimientos.
MAR. Me insultais...! os aseguro
que no lo olvidareis luego.
(*Va á irse y el capitan la detiene.*)
CAP. Mirad que hay lances graciosos,
y miltiares por medio.
MAR. Sereis vos el paladin?
CAP. Y no habeis ganado en ello.
Os sorprendí en vuestra trama,
y habeis perdido el asedio.
Pero yo doy desahogo
al malhadado guerrero
que ha salido sin honor...
MAR. Quién os aseguró eso?
CAP. Adolfo, que se pasó,
y os vendió el mal caballero.
MAR. No lo olvidaré, lo juro.
CAP. No será fácil. Ya lejos

está de vuestras pesquisas,
y ha sido el bribon tan diestro,
que aun despues de ser infiel
os ha cortado el terreno,
y ha tirado una proclama
que os helará hasta los huesos.

MAR. Sus armas no tienen filo
para herir mi noble pecho.

CAP. Oh! son de grueso calibre:
son bombas de buen mortero.
Es vuestra correspondencia,
que al largarse, por obsequio
ha esparcido por la corte.

MAR. Qué villania! ese pérfido
mi alto nombre ha mancillado!
Oh! publicar mis secretos...
mirarme yo en las tertulias
hasta en los salones regios
desbancada, escarnecida...!
qué vergüenza, santo cielo!

CAP. Ya rendido el enemigo,
es mi hermano. Aunque grosero
os he parecido, nunca
dejé de ser noble y bueno.
Tomad, señora, las cartas
(*Saca un paquete de cartas que le entregará al final de la relacion.*)
que pudo ocultar mi ingenio.
Nadie las leyó: con ellas
queda vuestro honor ileso.
Sed mas cuerda en adelante;
tened presente este ejemplo.

CAR. Vé, Elina, los resultados
de una educacion sin freno,
sin virtud, sin religion.
á quien llaman seres necios
el tipo de la elegancia
fuente de goces supremos.

ELINA. Si los maridos tiranos
son como tú, justos, cuerdos,
que vigilan por su esposa,
y con dulzura y consejos
las separan de la infamia;
si son los de moda aquellos

que dejan á sus mujeres
correr de intrigas en riesgos,
riyendo de su deshonra
como torpeza de juego,
tirano, cruel tirano,
yo, Carlos mio, te quiero.

FIN.

Esta comedia está censurada con arreglo á las leyes vigentes.

CATALOGO DE LAS OBRAS

de que se compone el *REPERTORIO DRAMATICO* hasta la fecha.

TITULOS.	AUTORES.	Actos.	Actrices.	Actores.	Precios.
Amor y miedo, (c. v.)	*D. Mariano Pina.*	3	3	3	8
Aqui paz y despues gloria, (c. v.)	*Idem.*	1	1	3	4
Cosas de locos, (c. p.)	*Idem.*	1	1	4	4
Al amanecer, (z. v.)	*Idem.*	1	3	3	4
Ricardo III, (d. v.)	*Antonio Mendoza.*	4	2	5	8
Los bandos de Castilla, (d. v.)	*Idem.*	3	3	17	8
Es inocente, (d. v)	*Idem.*	4	2	7	8
Azares del coquetismo, (c. v.)	*Idem.*	4	3	5	8
Azares del coquetismo, 2.ª pte.	*Idem.*	4	3	5	8
Don Esteban Illan, (d. v.)	*Sres. Malli y Garcia.*	3	1	7	8
El maestre de Santiago, (d. v.)	*Idem.*	4	2	5	8
La virtud y la traicion, (d. v.)	*D. Antonio Malli.*	4	2	4	8
Iñigo Arista, (d. v.)	*Idem.*	3	2	5	8
Pelayo el niño, (d. v.)	*Idem.*	3	1	5	8
Ceder amor y fortuna, (d. v.)	*José Vivancos.*	3	2	2	8
El valor recompensado, (d. v.)	*Sres. Gimenez-Serrano y Almendros.*	2	2	3	6
Número 99, (z. v.)	*D. José J. Soler.*	1	2	4	4
Anton Perulero, (c. v.)	*Idem.*	1	2	2	4
Por el baile, (c. v.)	*Idem.*	1	2	3	4
Otras capas, (c. v.)	*Idem.*	2	3	2	6
El Padrino, (z. v.)	*Maximiano Angel.*	1	2	3	4
Con poeta y sin contrata, (c. v.)	*M. F. Gonzalez.*	1	3	3	4
Un duelo á tiempo, (c. v.)	*Idem.*	1	2	4	4
Una noche menos y un desengaño mas, (c. v.)	*Señorita doña Enriqueta Lozano.*	1	3	2	4
Una actriz por amor, (c. v.)	*Idem.*	1	2	3	4
Un doble sacrificio, (d. v.)	*Idem.*	2	3	4	6
Los dos verdugos, (d. p.)	*D. Angel Povedano.*	5	3	9	8
Pablo el Flamenco, (c. p.)	*Idem.*	3	3	6	8
Enrique de Lorena, (d. v.)	*Enrique Zumel.*	5	2	12	8
El marido es un tirano, (c. v.)	*Gabriel Fernandez.*	3	3	4	8
La venta de Quiñones, (c. v.)	*Diego Vulnes.*	1	2	4	4
Contra amor no hay resistencia, (d. v.)	*José Fernandez Gimenez.*	1	2	3	4
Juan de Lanuza, (d. v.)	*idem.*	3	1	4	8

Las letras que van entre paréntesis á continuacion del título de las obras, significan (c) somedia; (d) drama; (z) zarzuela; (v) en verso; (p) prosa.

Se rebaja al que compre toda la coleccion el 50 por 100.

SE HALLAN DE VENTA EN LOS PUNTOS SIGUIENTES.

En *Granada* en la imprenta y libreria de D. José M. Zamora.

En *Madrid* en las librerias de Rios y Villaverde, calle de Carretas; en la de Cuesta, calle Mayor.

EN PROVINCIAS.

Adra.	D. Francisco Barr. Medina.
Albacete. . .	Nicolás Herrero y Pedron.
Alcalá.. . . .	Felix Moreno.
Alcoy.	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Vicente Castaño y Monet.
Alicante.. . .	Pedro Ibarra.
Almería.. . .	Sres. Vergara y compañia.
Aranjuez. . .	Gabriel Saniz.
Avila.	Manuel Benito.
Badajoz.. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baeza.. . . .	Manuel Alhambra.
Barcelona.. .	Juan Oliveres.
Benavente.. .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja.	Nicolás del Moral.
Bilbao.. . . .	Sres. Delmas é Hijo.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres. . . .	José Valiente.
Cádiz.	Severiano Moraleda.
Calatayud.. .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José Moreno.
Cartagena. .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Chiclana. . . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexia.
Ciudad - Rodrigo. . . .	Salomé Perez.
Córdoba.. . .	Juan Manté.
Coruña. . . .	José Maria Bagullera.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Ecija.	Ciriaco Jimenez.
Cerona. . . .	Figaró.
Guadalajara.	Miguel Perez.
Habana. . . .	Antonio Charlain.
Huelva. . . .	Ramon Rodriguez.
Huesca. . . .	Sra. Viuda de Galindo.
Jaen..	Sres. Sigrista y compañia.
Jeréz de la Frontera. .	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	José Sol.
Logroño. . ..	Domingo Ruiz.
Loja..	Juan Cano.
Lorca.	D. Francisco Delgado.
Lugo.	Manuel Pujol y Masia.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Tomás Escudero Izquierdo.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	Manuel Gomez Novoa.
Oviedo. . . .	Rafael C. Fernandez.
Palencia. . .	Gerónimo Camazon.
Palma.. . . .	Juan Guasp.
Pamplona.. .	Teodoro de Ochoa.
Plasencia. . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
Puerto de sta. Maria.. . .	José Valderrama.
Reus	Juan Bautista Vidal.
Ronda.. . . .	Juan José Moreti.
Salamanca . .	Telesforo Oliva.
S. Fernando,.	José Tellez de Meneses
Santa Cruz de Tenerife. .	Pedro M. Ramirez.
San Sebastian.	Pio Baroja.
Santander. . .	Clemente Maria Riesgo.
Santiago.. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla.. . . .	José Geofrin.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. .	Antonio Puigrubi y Ca[illegible]
Teruel. . . .	Antonio Lopez.
Toledo.	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodriguez Tejed
Trinidad de Cuba.. . .	Melton F. de Revenga.
Tuy..	Francisco Martinez Gonza
Valencia.. . .	Francisco Mateu y Garin.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vitoria.. . . .	Saturnino Ormilugue.
Zamora. . . .	José Garcia Pimentel.
Zaragoza. . .	Pascual Polo.